

Omar Ramiro Uribe Oaxaca

Valores y docencia

El papel del profesor como trasmisor de valores debe asumirse como una obligación humana que ayuda de cierta manera a generar cambios en la estructura de la sociedad, porque ese actuar educando, posee un poder sobre los demás que los hace seguidores de sus palabras y conceptos.

Educar en valores es reproducir y transmitir en el aula el ideal de sociedad en que nos gustaría vivir. Porque es así, a través de estos procesos de enseñanza-aprendizaje, que se puede mejorar y transformar la vida de los pueblos y ciudadanos de nuestro país. Lo que se presente en un momento dado como opinable, no debe penetrar en la escuela, los contenidos que en ella deben transitar son los científicos, aquellos que sean independientes de la adscripción ideológica, política o religiosa del profesor, todo lo discutible o lo que está en discusión no debiera tener su lugar en la escuela.

Pero, ¿cuáles son los actos concretos por medio de los cuales el maestro puede enseñar, transmi-

tir y compartir valores a sus educandos? Un docente que es honesto en su trabajo, en su vida cotidiana, tiene que reflejar en sus actos la honestidad; esto es, el maestro que se instruye, que aprende, que da en un discurso en clase mucho de lo que sabe, es honesto con su profesión y este valor es percibido por quienes lo escuchan, aprendiéndolo o imitándolo. Porque una vez poseyendo este valor, afloran los demás valores de una forma natural y espontánea.

También la responsabilidad como valor permite el cumplimiento de acciones que han sido asignadas o elegidas por nosotros mismos, cuando nos comprometemos como individuos. Este valor puede ser transmitido fácilmente por el maestro, cuando exige el cumplimiento de entrega de una tarea o de una acción previamente acordada; así, esta acción puede ser valorada por otros, especialmente por los alumnos, de manera estricta y negativa. Pero es a través de esas pequeñas obligaciones como se aprende la responsabilidad, pues como dice Savater en su

famoso libro *Ética para Amador*: "el acto de enseñar a veces se tiene que tornar como una obligación".

Los valores, una realidad a enseñar

Los docentes nos enfrentamos, por tanto, a un problema conceptual: debemos prepararnos para la vida y, al mismo tiempo, preparar para esos valores que la sociedad nos exige. Por tanto, tenemos que preparar a nuestros alumnos para que se enfrenten a esta sociedad, aunque muchas personas a lo que aspiramos es a cambiar esta sociedad para conseguir un mundo más solidario, más justo.

Por tanto, los educadores avanzamos entre contradicciones; pero debemos avanzar entre esas terribles contradicciones e intentar que los alumnos conozcan la sociedad real en la que se desenvuelven. Una sociedad donde predomina la filosofía del éxito, del individualismo, de la competencia, de la utilidad, del consumo y, también, de la violencia. Las cosas se arreglan por la fuerza de la violencia quien no tiene escrúpulos para aplicarla sobre los más débiles. Al mismo tiempo debemos intentar lograr otro mundo, es decir, que sepan pensar e imaginar otro mundo. Hay que enseñarles otra realidad, la realidad de muchas personas que no están de acuerdo con la sociedad actual, en esta relación de poder-presión que predomina. Debemos enseñarles que hay otra práctica que es solidaria, que es tolerante y hay muchas personas que aportan sus ideas, su tiempo, su trabajo, su dinero, para intentar cambiar este mundo, para intentar cambiar esta sociedad.

Es por ello que además de promover dichos valores, la educación

debe promover también la capacidad de valorar, es decir, la capacidad de discernir éticamente en cada caso cuales son las actitudes correctas que debe adoptar cada persona.

Valores: un reto para el docente

Mucho se ha hablado en los últimos años del reto que tenemos los maestros en la formación de valores y actitudes en nuestros alumnos. Los padres de familia, los alumnos y docentes estamos convencidos de que el aprendizaje de actitudes y la formación de valores es la herencia principal que puede llevarse el alumno después de su travesía por la escuela. No hay discusión cuando se cuestiona qué es más pertinente enseñar en la escuela: la memorización de algunos conceptos teóricos o actitudes de compañerismo y solidaridad. Una propuesta de educación en valores no consiste únicamente en proponer qué valores queremos enseñar, consiste fundamentalmente en proponer qué condiciones debe reunir la institución educativa, escuela, colegio o instituto, para lograr un lugar óptimo en el que la infancia, la adolescencia o la juventud que en ella aprenden, puedan desarrollar todas las dimensiones humanas que les permitan apreciar, valorar, estimar, aceptar y construir valores.

Entendemos que esta preocupación por la educación en valores requiere de un sustento práctico que permita trascender del mundo de las ideas al mundo de las conductas. Los valores por los que optamos sólo se hacen evidentes en la convivencia, en la forma en que interactuamos, en el encuentro con el otro; desde el espacio microsociedad que es la familia, hasta el espacio del ejer-

cicio ciudadano. La democracia como construcción social es el marco en el que se hacen realidad los valores que aspiramos desarrollar.

Lo que estamos viviendo en el mundo, pero sobre todo en nuestro país, es una fuerte crisis ética cada vez más globalizante, multidimensional, que atraviesa y afecta todas las esferas de nuestra vida pública y privada. Nuestra definición como nación y sociedad que busca vivir en democracia, muestra contradicciones que cuestionan nuestra manera de entender y vivir valores que afirmamos. Lo evidencian los hechos mostrados recientemente, la poca credibilidad en las instituciones, las consecuencias de la corrupción en el ámbito político y algunos rasgos presentes tanto en la vida escolar como en el núcleo familiar.

La escuela no está ajena a esta situación. En ella podemos reconocer una crisis ético-moral que se evidencia en una educación excluyente que no respeta las diferencias. Es homogeneizadora en el currículo y discriminadora en el trato, permisiva a situaciones de violencia y a los actos de inmoralidad (venta de calificaciones, abuso sexual, maltrato físico, psicológico);

pero al mismo tiempo la escuela se constituye en una herramienta y factor interpelador y formador de una nueva sociedad. La escuela cumple un rol fundamental en la educación de valores, pero no es la única responsable de la formación del hombre y de la nueva sociedad. Asume su responsabilidad de manera compartida con los otros órganos vivos de la sociedad.

El desarrollo y cultivo de los valores son una necesidad, un derecho, una obligación, una responsabilidad de las instituciones que se dedican a la formación: escuela, familia, medios de comunicación sociedad, gobierno, Estado. Entendemos que la razón primera y última de la educación en democracia y valores es la persona. Ella necesita desarrollarse. Es su razón principal como sujeto, como ser individual, pero también como ser colectivo que demanda y exige procesos educativos que vayan más allá de lo establecido, de lo formalizado. La persona se hace y se transforma a lo largo de toda su vida; toda transformación tiene un norte que orienta, que perfila a la persona. En este sentido, los valores como aspiración de totalidad juegan un rol importante en el desarrollo humano.

Conclusión

Soy un aprendiz eterno y buscador de la verdad. Comparto mis experien-

cias con mis alumnos, en el aula y fuera de ella, con un propósito, el de educarnos para encontrar los valores juntos. Ante este acto de interioridad y en este sentido, debemos darnos cuenta que la escuela no se agota en el aula del maestro; la vida misma es una escuela. "La escuela, tanto una alegría como un dolor; la posesión de algo y su carencia; un nacimiento o una muerte", ya que todo acontecimiento es un estímulo o un apremio, una invitación o un empujón violento, de fuera hacia adentro, para que el ojo del alma enfoque la interioridad, para que la lea y la "saque desde adentro".

Esto es educar y educar es fecundar las almas, pero ¿cómo podemos fecundarlas si no estamos enamorados de la verdad? Cuando tratamos de reafirmar nuestro compromiso con nuestros semejantes y nos damos cuenta que nosotros ya no tenemos una actitud de intercambio, sino que nos estamos constituyendo en piezas independientes de complejas estructuras colectivas, que en la escuela el individualismo se acentúa cada vez más, y nuestras relaciones y compromisos son de corta duración, estamos perdiendo ese compromiso social, el interés de saber qué requiere de mí el otro, y nos preguntamos: ¿dónde queda el compromiso? Tal vez nos conformamos con la dinámica que el "profe" nos puso y me permitió conocer a mi compañero(a) y la tarde no se perdió en la nada.

¿Dónde está el ánimo que deseamos todos en los momentos difíciles? En la escuela con los compañeros de clase queremos encontrar el ánimo y valor para enfrentar anticipadamente un futuro incierto que la sociedad y la globalización en que nos encontramos, nos pierde en

un desierto sin límite. Sin embargo, cuando nos estimulamos, incitamos y afirmamos, podemos distinguir entre aprecio y afirmación: apreciamos lo que hace una persona, pero afirmamos lo que esa persona es. Nos esmeramos para que se nos aprecie y luchamos por logros, sin embargo, para reafirmarnos no requerimos esto, ya que simplemente consiste en "ser". Y aquí como maestros debemos asumir que el aliento a nuestros alumnos es un alimento diario para forjar su espíritu guerrero.

Habrà pues que avivar la inteligencia y fortalecer la voluntad como potencias específicamente humanas. Porque a un animal se le puede domesticar, se le entrena, se le adiestra, pero sólo al ser racional se le puede educar, y como maestros es preciso que demos lo mejor a los alumnos para sacar de ellos lo que son capaces y se conozcan mejor, que descubran cuáles son sus fuerzas más íntimas, aptitudes y posibilidades que les constituye, y por consiguiente, a realizar lo que siente que puede y debe ser, llevándolo a la formación de su personalidad para su desarrollo integral como ser humano y habrá entonces que dar motivos, saber motivar, antojar, entusiasmar, para que quiera crecer.

¿Y cómo lograr tan ardua tarea? Viviendo como maestro los valores y virtudes. Éste será el mejor motivo para que los que están a su cargo quieran seguirlo, porque la verdadera esencia de la educación es preparar al hombre para la búsqueda de valores, que se enamore pues de los valores, que viva de las virtudes, que quiera querer, este es el principal papel del educador, lograr que así sea. Es cuanto.